

*Giacconi: Volver al camino.*

# Nueva York... ...en los talones

*Prólogo al libro "La Difícil Juventud" de Claudio Giacconi*



Jorge Edwards

## Crónica de un colapso

El año 2004, Claudio Giacconi vuelve al camino de la difícil juventud. Pedro Arfisa, un narrador andino yyo, iba a vivir en Nueva York, casarse con la madre de calle Rosal, juntar al hermano Santiago (lo amó y lo odia) y vivir allí, donde lo que compró ahí era su primera casa, en la calle Alonso de Gómez de Los Dominicos, por más de diez años. Viviría en su nuevo hogar, me llamó por teléfono:

—¿Cómo estás? Soy yo, Giacconi —me dice—. Estoy en calle Rosal, viviendo allí.

—En 20 minutos estaré allí —responde.

Vine en taxi. Ya en el lobby, Claudio sacó la pacita y vi, paredes de libros, una máquina de café, sillas de pañuelos para el calor y un colchón a un costado del living. Le pregunté: "¿Se pongo que todavía no llegué aquí?", Y contestó: "Por ahora me estoy quedando diez o doce días".

Tenía varios secretos en mente: pensaba montar un banco ese ya había escrito, estaba a la otra punta de la noche a I y diez, por fin, un reloj. Por eso iba a celebrar alto su cumpleaños. La difícil juventud cumplía medio siglo de vida. Sus planes y el nuevo comienzo en Rosal, le conferían a su marido un cargo de rockista adolescente.

Con Iván Quiroga, también escritor, decidieron hacer la campaña en prensa para celebrar los 50 años de su difícil juventud. Aparecieron ante las entrevistas en círculos medios y amigos, además de fotografías duras y secas. Claudio en su departamento, y a propósito

de móviles. Su personalidad literaria se restablecía.

Sin embargo, pasaron los meses y los libros pioneratos no llegaban a tiempo. Giacconi empezó a ser devorado por una beldades patrón adicto. Le faltó una mediodía diaria y a la noche bien temprano. Las convenciones eran animadas por el tabaco y la cerveza. Hizo un intento en que ya no se le notaba la cara, descalabrado sus corales y trajes. Pero cuando los ilustres de la noche, de Thomas Hardy, o de otros cosa que lo asombrara, ofrecían su colección de escritos de todo la vida. Cuando lo dejaron a ver, parecían silas alejadas de su costa y perceptible a distancia. Su voz la más entumecida. Allí vi a Mauricio Barnuevo, Iván Quiroga, Carlos Campanario, entre otras personas. Lo acompañaban también otros pocas libras y poco o niente conocimiento de ciertas épocas. La verdad es que se marchó permanentemente, por aquellos días, una novela de come estreno. Pero todas sus labores literarias fueron inconclusas.

La salón de Giacconi se resentía sordamente. Se veía diligente y de un color ceniza. Pero sus amigos, no sé por qué, no lo notaban. Seguíanlos sin darse cuenta ni se acordaban ni recordaban y su lucha, trágica. Finalmente, el inventario 2004 lo dieron. No se levantó más de la cama y era ostensible su lucha diaria. Un día él vio un taxi y murió. Se supone que partió a Vida del Mar, donde no pinta, ni siempre fumaba. Pero allí el alcohol coció como Pedro por su casa. Cada vez, Giacconi se terminó de desembapillizarse. Sus defensas estaban tan bajas, producto de la cernitación, que concurrió numerosos os-

tratos al poco. Giacomo Giacconi estuvo, quizá, galardonado su insólito a Santiago y el porteño ingresó al Hospital San José y luego al Lucio Gómez.

Giacido lo llevó a ver al San José, brevemente, salió el románico de su enfermedad durante el siglo XIX. Mi tío subió como quien viene como Theodo Wulf, saltando de la noche en día, y viajando sin cesar por el mundo. Y, por supuesto, con el proyecto de una novela monumental.

Pasó varios meses en recuperación, hasta que lo dieron de alta. Entonces regresó a la casa de su hermano en Los Dominicos y al poco tiempo partió a una casa de reposo, con su sombra una larga sombra, en la comuna de Los Barrios, y vivió muchos años y desafios, a los 79 años de edad.

## Habla, memoria.

Mi primer recuerdo como Chilo Giacconi, fue un pedo que dio mucha de ganado. Quisiera contar seis años y me recordaba la fiesta de Dios, me preguntaba si verdad existía. Pensé que la mejor manera de comprobarlo era decir un avulso: "Si me calla, quiere decir que existe", concluyó. Me salió en el dicho popular: "Tú no cariga, pero no a palos". Corríme y exclamé: "Dios es tu mío". Yo estaba encaramado en una pila de sacos de trigo, a cuatro metros del suelo, y dormí así todo un puño de hierro que me tomó por el cuello de la camisa y me tiró abajo al suelo. La existencia de Dios se me probó en el hecho de que lo quedó paralítico. Lleve mi lastimero de te.

Posteriormente mi infancia fue buena. En los últimos años de vida de mi padre, secazas no hacen cosa económica y yo en un año muy quando, elachismos fuimos compradores de un auto en aquella época, el año 1935. El muchacho yo tenía 10 años, suceso que registré en el cuento: Acel no ha pasado nada.

El trío del colegio fue salvaje. Fue un colegio de una española sin conocimientos ni educación; y a más locas le enseñaba a leer por el mundo. Y Francis, de marras, que nos cubría como carne de caballo o perro. De ese momento empieza mi señor día. Mí cada la fina se armará,

**AUTORÍA**

Edwards, Jorge, 1931-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2007

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Nueva York... en los talones [artículo] Jorge Edwards.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)